

to, y arma —prestada— en el reflejo del rayo del poderoso. Siempre estuvo cerca de los sucesivos Virreyes; sobre todo del Marqués de la Laguna, y más aún de la esposa de éste, Luisa —Lysi—, la Condesa de Paredes. A ella irían dedicados algunos de los poemas amorios más asombrosos y atrevidos de nuestra lengua. Pero una cosa es ensalzar al poderoso y otra, a través de la alabanza, inculcar en éste ideas que, de no ir envueltas en la ficción literaria (¡sólo es poesía, ya se sabe!; y nosotros añadimos: y poesía *barroca*), podrían constituir francas incitaciones a la traición más alta: el delito de lesa majestad. Y esas ideas brillan soberanas y audaces en el romance que Sor Juana dedica al bautismo del unigénito de los mentados virreyes, un varón largo tiempo anhelado, y sólo al fin gestado y nacido en América. El romance comienza ensalzando la triple gradación que da sentido y razón del niño: natural (hijo de Lysi), legal (hijo legítimo del matrimonio: no como con ella aconteció) y por fin *hijo de la Iglesia*. Pero después de dejar constancia de esta triple herencia (el pasado que se hace esencia en el infante) viene la profecía: la premonición de un esplendoroso futuro de igualmente trino sentido: piedad y grandeza, armas y letras (el primer tópico, clásico, plutarquista; el segundo, renacentista, entre Maquiavelo y Cervantes) y, en tercer lugar, soberanía. Y aquí viene lo asombroso; el niño no es celebrado como hijo de un virrey, sino como futuro *Imperator de una América que, con sus partes, y a través de las hazañas del Príncipe cantado, venza a las demás partes del Orbe; un Hijo que ha trasplantado al Occidente (México) una prosapia regia*, que encontraba estrecha la antigua Patria: Europ. (o sea: la mismísima España); y la nueva Patria está encarnada por un águila que ha de sobrepajar —se sobreentiende— el vuelo del águila bicéfala de los Austrias: el águila del Nuevo Imperio; un Imperio, en fin, que ha estado en manos de los aztecas y ahora lo está de los descendientes de los Infantes de la Cerda, *como si entre medias no estuviera, y no siguiera estando, la dominación española, encarnada en el inane Carlos II*. A pesar de su longitud, merece la pena reproducir las cuatro explosivas estrofas de este romance. Nunca la conciencia de sí del mestizo ha brillado más alto, ni en audacia de ideas, ni en brillantez de estilo. Del recién nacido, Sor Juana espera que:

Crezca gloria de su Patria  
y envidia de las ajenas;  
y América, con sus partes,  
las partes del Orbe venza.  
En buena hora al Occidente  
traiga su prosapia excelsa,  
que es Europa estrecha Patria  
a tanta familia regia<sup>37</sup>.  
Levante América ufana  
la coronada cabeza,  
y el Águila Mejicana  
el imperial vuelo tienda.  
pues ya en su Alcázar Real,  
donde yace la grandeza  
de gentiles Moctezumas,  
nacen católicas Cerdas<sup>38</sup>.

<sup>37</sup> Aunque a un lector español le parezca prima facie extraño, «Patria» no mienta aquí a España, sino a México, como se verá en lo que sigue. Por lo demás, «tanta» significa aquí —como en italiano— «tan grande» (una acepción hoy perdida). Sor Juana no quiere decir que en Europa (o sea, en España) hay muchas familias de sangre real, sino que el linaje de los Virreyes es demasiado alto para verse restringido al suelo español y a la dominación de los Habsburgo; por eso ha de saltar al Nuevo Mundo. Además, la indicación del origen: los Infantes de la Cerda, puede verse como oscura alusión a la frustrada reivindicación al trono que aquéllos —y sus descendientes— mantuvieron en tiempos de Alfonso X.

<sup>38</sup> O.C. núm. 24. Romance, estr. 8-11 (pág. 34).

Las dos primeras estrofas aquí reproducidas señalan la transición de la estirpe, de la vieja España al nuevo Occidente, y la primacía que el trasplante ha de otorgar a éste. Las dos últimas sancionan y legitiman, gracias al pasado imperial de México, el carácter *real* de la dinastía, y ello en virtud de una comunidad de intereses (el águila imperial, enfrentada a la «otra», no nombrada) y de suelo (el alcázar real, la Ciudad de México), transfigurada por la fuerza de la religión (paso de la gentilidad azteca —un acercamiento estilístico a los pueblos de la latinidad, recurso ya empleado por el Inca, y por muchos otros— a la *ecumene* católica). La poderosa estructura de estas centrales cuatro estrofas no deja lugar a dudas, según creo, sobre las intenciones *patrióticas* de Sor Juana, más allá de cortesanos ditirambos al uso. Y además, esta alabanza de Occidente (México) y menosprecio de Europa no es un caso aislado, ni mucho menos, aunque sea el más alto.

Así, la alabanza de América se aúna con la protesta por el despojo de las Indias por parte de los españoles, según se hace patente en el romance dirigido a la Grande Duquesa de Aveyro. Allí, Sor Juana se jacta primero de ser una Musa nacida «donde fulminante/ a la Tórrida da el Sol/ rayos perpendiculares». Mención no baladí, ya que en Europa existía la creencia —contra la que igualmente había luchado el Inca— de que el excesivo calor de la Tórrida no permitiría la existencia de hombres «verdaderos», o sea, como los europeos (véase al respecto la Escena V de la Loa para «El mártir del Sacramento»). Ahora, los americanos vuelven las tornas: la perpendicularidad de los rayos del sol (algo de lo que Sor Juana sólo podía hablar simbólicamente, pues México es de América del Norte) sería garante más bien de la predilección del Cosmos por los habitantes de esa zona, abundosa —de creer a nuestra poetisa— no sólo en oro u otros metales preciosos, cuyas venas, «insaciable», desangra «Europa» (ya sabemos a quién se mienta), sino aun de alimentos, pues que «el pan/ no cuesta al sudor afanes», de manera que el americano estaría libre de la bíblica maldición del trabajo; un elogio que difícilmente cabe valorar: ¿muestra de cinismo, de ingenuidad, o más bien larvada crítica —a saber, que los indios no sufrían penas ni necesitaban trabajar hasta la llegada de los españoles—? Me inclino por esta última interpretación, dada la carga mítica de una América virginal que en estas estrofas se respira, y que culmina en el parangón del Nuevo Mundo con el «dulce Lotos» que, a los venidos de la península, hace «olvidar los propios nidos,/ despreciar los patrios Lares»<sup>39</sup>.

No menos llamativo es el romance que, como regalo de cumpleaños, dedica nuestra autora al Capitán Don Pedro Velázquez de la Cadena, ensalzado como

...honor de Occidente,  
de la América el prodigio,  
la corona de la Patria,  
de la Nación el asilo.

Y todo ello para referirse a un miembro noble de la milicia... ¡española, en definitiva! Cuatro estrofas siguen, hinchadas de hipérboles, tan imposibles como desafiantes. Gracias al valor del capitán cantado, las corrientes americanas desafían a los ríos

<sup>39</sup> O.C. núm. 37, Romance, estr. 21-16 (pág. 48).

de Europa, Asia y Africa; la «Imperial Laguna» aventaja a los antiguos y mitológicos lagos; montes, campos y bosques son mejores incluso que el «Dodóneo» (Dodona, la montaña hesiódica) y que el mismísimo «Elíseo». Pero estas palmas excesivas se vuelven lanzas cuando se afirma, al fin, que por los hechos de guerra del agasajado:

...América, ufana,  
de Asia marchita los lirios,  
de Africa quita las palmas,  
de Europa el laurel invicto...<sup>40</sup>

Hemos visto ya suficientes ejemplos de utilización del eufemismo «Europa» para referirse a España (así como «Occidente», para México) como para que pueda caber la menor duda del carácter abiertamente desafiante del último verso. No es que Sor Juana proceda *cum si Hispania non daretur*; es que, de los españoles, lo hemos visto, a) critica a la dinastía reinante, contraponiendo implícitamente a ella a los descendientes de los Infantes de la Cerda; b) reprocha la codicia de oro y en general el despojo y pillaje por parte de los españoles; c) parece aludir a un estadio paradisiaco, abruptamente cortado por la llegada del conquistador; d) pretende ganar para la causa americana a los oriundos de la península, que supuestamente olvidan pronto su origen; y e) anima a un militar criollo a quitar el laurel a Europa: una metáfora tan transparente como peligrosa.

El mito de fundación, utilizado estratégicamente «desde arriba», alcanza por fin su *climax* cuando Sor Juana, que pretende ganar para «Occidente y América» a virreyes, duquesas y capitanes, sustituye a la mismísima Virgen de Guadalupe, en su advocación española, por la morena imagen mejicana, hallada en el monte Tepeyac, y que hace de la Nueva España el nuevo Pueblo Elegido; elegido por Ella, la Segunda Eva, al igual que Cristo, el nuevo Adán, habría elegido Jesuralén-Roma, el Viejo Mundo. Del mismo modo que el romance a la Duquesa de Aveyro pedía la naturalización del criollo de ancestros europeos, ahora Europa queda, en su esencia más pura e íntima, transferida a América:

La compuesta de flores Maravilla,  
divina Protectora Americana,  
que a ser se pasa Rosa Mejicana,  
apareciendo Rosa de Castilla<sup>41</sup>.

No es en absoluto casual, para alguien que conoce en profundidad y emplea con soltura los conceptos de la escolástica remozada por los jesuitas, la distinción entre los verbos «aparecer» y «ser». Con todo, justo es reconocer que Sor Juana no cayó en la idolatría guadalupana de muchos de sus coetáneos (el soneto citado es el único lugar en que se habla de esta Virgen), para quienes era fácil hacer que la visión apocalíptica de la Mujer con alas de águila «para que volara hacia el desierto, a su sitio», de la serpiente que echa «agua por su boca», y de la tierra que se bebe la corriente formada<sup>42</sup> coincidiera *grosso modo* con el águila, la serpiente emplumada y la laguna: los símbolos de un México mitificado.

<sup>40</sup> O.C. núm. 46, Romance, estr. 13-18 (cits. la 1.<sup>a</sup> y la últ.) (págs. 60-61).

<sup>41</sup> O.C. núm. 206 (pág. 164).

<sup>42</sup> Ap. XII, 14-16, Cf. Jacques Lafaye, Quetzalcóatl et Guadalupe: la formation de la conscience nationale au Mexique (1531-1813). Gallimard, Paris 1974.